



# LA CHAPUZA NACIONAL

JUAN CUETO

**H**ARA cosa de tres años, en un memorable artículo periodístico, Julio Caro Baroja proponía como hipótesis de trabajo la interpretación cochambrosa de la historia del país; deseando que la misma se viniera a unir a otras interpretaciones, con fama, como la materialista, o el montón de aquellas otras de similar grosor producidas por figuras más o menos decimonónicas: Ganivet, Valera, Menéndez y Pelayo, Unamuno, Menéndez y Pidal, Ortega, Sánchez Albornoz, Madariaga, Américo Castro, Marañón... No sólo le parecía posible a don Julio seguir el hilo de la historia a la luz del concepto fundamental de cochambre, término tan castizo, sino que ofrecía como muestra una serie de acontecimientos españoles que, vistos desde el catalejo cochambroso, adquiriría ricas significaciones. «También la observación de la cochambre actual —escribía— nos da una línea de investigación, que la une a la de 1898, a la fernandina, a la del siglo XVII. Contamos con datos para saber cómo era la cochambre en tiempos de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V. Podemos hacer una interpretación cochambrosa de aquellos gloriosos reinados y preparar serios estudios doctrinales sobre *La cochambre en la Celestina* o *La cochambre en el Quijote*.» Pocos hechos decisivos de nuestro pasado quedarían fuera de la tutela de la cochambridad. La mística, la picaresca, los procesos inquisitoriales, las cuentas de la Real Hacienda, las sátiras políticas, los desastres militares sucesivos o las incesantes crisis políticas y económicas del siglo, podrían estudiarse sin graves problemas de conciencia nacional en función de esta sugerente teoría cochambrosa de la historia.